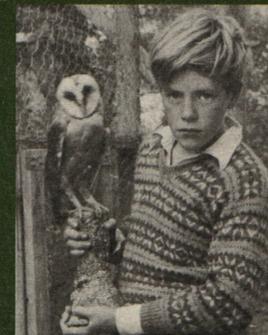




en el santuario de Gerald Durrell

Este mes se cumplen diez años de la desaparición del zoólogo y escritor Gerald Durrell, cuyos libros y series televisivas dedicados a la que fue la gran pasión de su vida, los animales, le proporcionaron millones de seguidores en todo el mundo. El Magazine ha visitado su inusual zoo en la isla de Jersey, eje del importante legado del autor de "Mi familia y otros animales".

Gerald Durrell consiguió tener su propio zoo: un santuario para las especies en peligro. Algo con lo que ya soñaba desde niño, cuando vivía en la isla de Corfú



TEXTO DE **Eva Millet**

Todas las biografías de Gerald Durrell afirman que su primera palabra inteligible fue "zoo". Nacido un 7 de enero de 1925 en Jamshedpur, en la India británica, el menor de los cuatro hijos de Louisa Dixie y el ingeniero Lawrence S. Durrell pasó parte de sus primeros años visitando con su aya el pequeño zoológico local. Allí, entre las jaulas minúsculas y malolientes de un lugar que, aseguraría años más tarde, "hoy sería el primero en querer cerrarlo", empezó a germinar una idea que manifestó ante su familia a los seis años: un día, él tendría su propio zoo.

Gerald fue un niño inteligente, con un innato sentido del humor y un interés infinito por insectos y animales. Pese a que el tiempo máximo que pasó en un colegio fueron cuatro meses y nunca fue a la universidad, logró materializar con éxito su proyecto de vida. Su zoo existe desde hace más de cuarenta años y sobrevive a la muerte de su fundador, en enero de 1995, a causa de las complicaciones derivadas de un trasplante de hígado.

El zoo de Gerald Durrell se ubica en Jersey, una pequeña isla británica del canal de la Mancha, más cercana a Francia que al Reino Unido, pero terriblemente inglesa. Durrell y su primera colección de animales (que incluía una pareja de águilas, varios monos y dos chimpancés) llegaron a este lugar en 1959. Antes, pasaron unos meses acampados en el jardín trasero de la casa de Margo (la única de los hermanos Durrell que vive todavía) en Bournemouth, localidad inglesa donde la familia se instaló al llegar de India, tras la muerte del progenitor.

En el zoo de Jersey no hay ni elefantes, ni jirafas, ni tigres, ni cebras... Aquí sólo hay es-



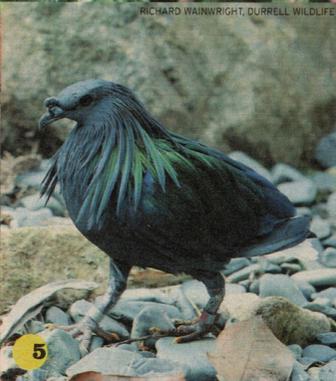
1



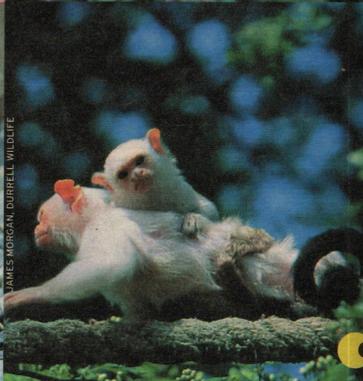
2



4



5



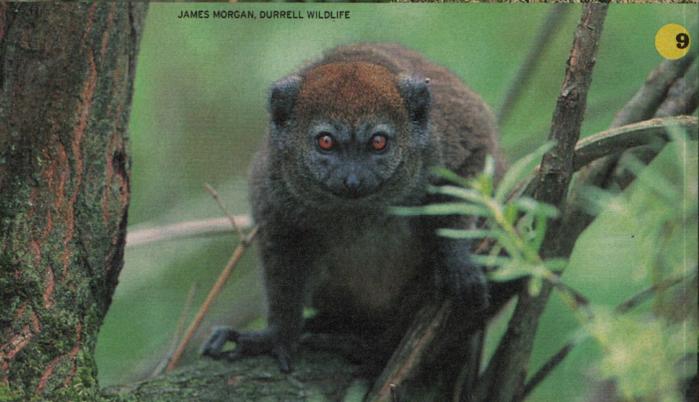
6



7



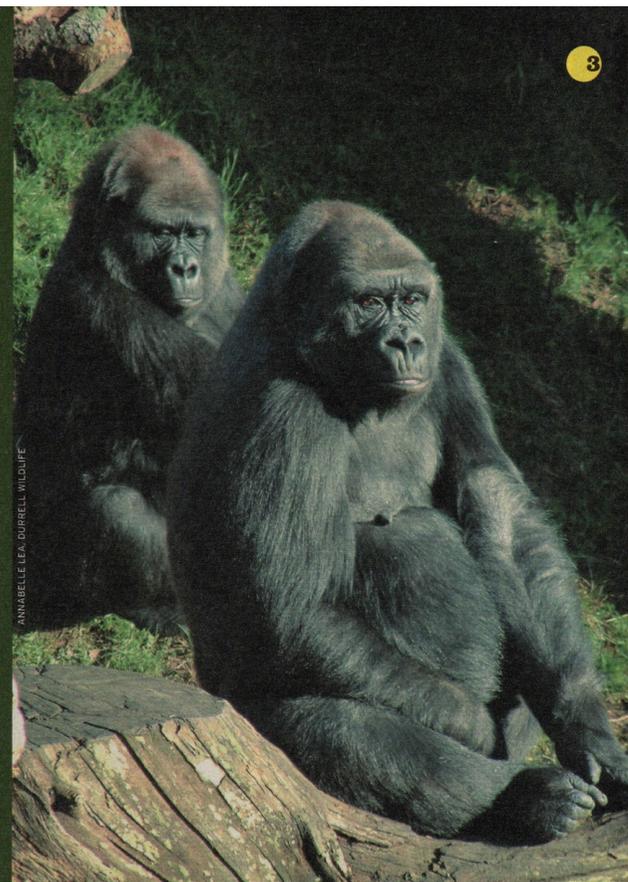
8



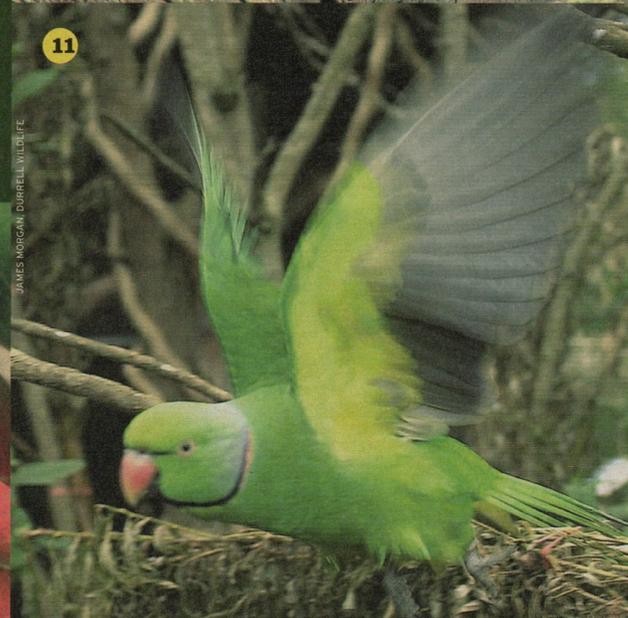
9



10



3



11

EL ARCA DE JERSEY

En el zoo de Jersey hay especies inusuales que tienen en común el peligro de extinción: desde gorilas gigantes a extrañas iguanas, pasando por tortugas con espinas y murciélagos enormes. Durrell consideraba que todos los animales tenían una belleza propia. Así, por ejemplo, definía las babosas como seres “de un pálido tono café surcados de rayas color chocolate oscuro”. Jamás entendió que alguien pudiera considerar horrible una criatura y siempre defendió el derecho a que vivieran en paz

1. Cría de tortuga espinada, la segunda de su especie nacida en cautividad. 2. El tamarindo negro leonado de Brasil está en grave peligro debido a la destrucción de su hábitat, aunque la Fundación Durrell lleva a cabo un programa de reforestación. 3. Dos magníficos gorilas toman el sol en el zoo de Jersey. 4. “Gina”, una orangután de Sumatra, con su hija “Jaya”, nacida en el zoo en el 2004 mediante una cesárea de emergencia. 5. La paloma de Nicobar es la pariente más cercana del extinto pájaro dodo. 6. Titís dorados campan en libertad por los bosques del zoo. 7. Con unas alas que miden hasta 1,5 m, el livingstone es uno de los murciélagos más raros del mundo. En Jersey puede vérselo volar. 8. Del halcón de la isla Maurício quedaban, en 1970, cuatro ejemplares en libertad. Gracias al trabajo de la fundación hoy ya hay casi un millar y no está en peligro de extinción. 9. El lemur gentil es otra especie gravemente amenazada que está siendo reproducida en cautividad en el zoo. 10. Cría de iguana de Santa Lucía. 11. Del eco-periquito de isla Maurício quedaban unos doce ejemplares. Hoy, hay más de 250, fruto de un programa de reintroducción

OF ANDO GARCÍA, DURRELL WILDLIFE

RICHARD WAINWRIGHT, DURRELL WILDLIFE

JAMES MORGAN, DURRELL WILDLIFE

MATT WINDSTAN, DURRELL WILDLIFE

ANABELLE LEA, DURRELL WILDLIFE

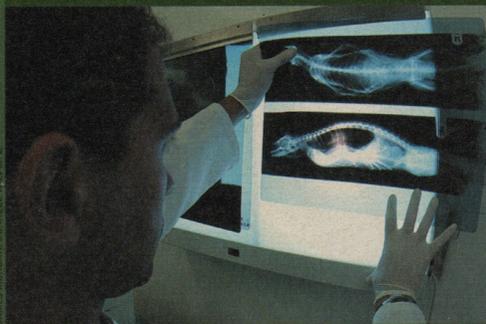
JAMES MORGAN, DURRELL WILDLIFE

UN LEGADO EN BUENAS MANOS

Zoóloga de formación y experta en lemures, la norteamericana Lee McGregor, directora honoraria de la fundación Durrell, conoció al que sería su marido a los 27 años. Para seducirla, Gerald Durrell la invitó a pasar unos días en su zoo, el lugar en el que ahora ella vive. En Jersey trabajan unas 80 personas, entre ellos el zaragozano Javier López, jefe del equipo de veterinarios. El zoo es sólo una parte del trabajo de la Fundación Durrell. Más de una treintena de lugares en el mundo, que van desde Brasil hasta la isla Mauricio pasando por el Caribe, se benefician de los programas de conservación, en tanto el Centro de Formación para Conservacionistas ha creado una red de profesionales en un centenar de países. Becas, donaciones y cuotas de socios son el grueso principal de los ingresos en un momento en el que el descenso del turismo ha repercutido en la taquilla del zoo. Más información: www.durrellwildlife.org



Lee McGregor, junto a la estatua de Gerald Durrell que preside la entrada al zoológico



Javier López, jefe del equipo de veterinarios del zoo de Jersey, observa una radiografía



Gerardo García y un colaborador, con una rana gigante de la isla caribeña de Montserrat

pecies en serio peligro de extinción. Por expreso deseo de su fundador, no se trata de un zoo exhibicionista, sino conservacionista, donde la investigación y la educación son prioritarias. Cuando, a la edad de 21 años, Durrell fue por vez primera de expedición en busca de animales, se dio cuenta de los graves problemas que tenían para sobrevivir en unos hábitats cada vez más amenazados y decidió luchar para prevenir la extinción de cualquier especie, por extraña, pequeña o ridícula que pudiera parecerle a alguien.

"Gerry fue muy criticado al principio -recuerda Lee Durrell, su viuda- ya que creía que los zoolos no debían ser escaparates, sino que debían desempeñar una función vital para la ecología: ser santuarios donde las especies en peligro se pudieran reproducir para, una vez neutralizadas las amenazas, ser reintroducidas. Pero entonces muchos opinaban que la única manera de preservar era delimitar grandes parques naturales, que los zoolos no tenían ninguna función. Él cambió esta concepción, y hoy hay zoolos en todo el mundo que han seguido sus pasos."

Lee Durrell habla desde el apartamento, situado en el interior del parque, en el que ella y su marido vivieron durante sus 26 años de matrimonio. El piso, parte de una antigua granja rehabilitada en la que también se encuentran las oficinas de la Fundación Durrell para la Conservación de la Fauna Salvaje, es amplio y acogedor. En el salón, con vistas al gigantesco cercado de los gorilas, hay cuadros y esculturas de animales procedentes de sus viajes. En las estanterías se distinguen las obras completas del hermano mayor de Gerald, Lawrence Durrell, el celebrado autor de "El cuarteto de Alejandría". Aparecen también varios tomos -"El microscopio", "Biología del agua dulce de Corfú"- de Teodoro Stefanides, el sabio mentor durante los cinco años que los Durrell pasaron en la isla griega, una época que fue recreada en la deliciosa novela "Mi familia y otros animales". Auténtico superventas en varios idiomas, este libro inició a muchos en

la extensa obra del naturalista, compuesta por 37 libros y decenas de series de televisión, y logró que muchas personas descubrieran la ecología. Lee explica que, pese a su éxito y a su calidad literaria, a su marido nunca le gustó demasiado escribir, ya que para él era un recurso más para mantener el zoo. Aunque tuvo una existencia intensa y fructífera, Durrell vivió con mucha presión y, en una época de crisis, "hipotecó" tres libros que todavía no había empezado para mantenerlo abierto.

El bienestar de sus animales siempre fue prioritario. Al contrario de lo que ocurre en otros recintos, no dan pena: juegan, se rela-

Durrell creía que los zoolos no debían ser escaparates, sino santuarios ecológicos donde las especies en peligro pudieran reproducirse

cionan, comen, observan, corren, trepan, aúllan, cantan, vuelan... Algunos parecen recién salidos de la peluquería. Hay recintos en los que cuentan con el sonido ambiente de sus hábitats. En el pabellón de reptiles, la apetitosa caja de frutas procedentes de la granja orgánica del zoo no es para alimentar a la reluciente pareja de boas jamaicanas, sino a los insectos que las serpientes comerán.

El barcelonés Gerardo García es uno de los conservacionistas formados gracias a la Fundación Durrell y hoy es el responsable del departamento de herpetología (reptiles y anfibios). Dos de los programas en los que ha participado han sido el rescate de la rana gigante de la caribeña isla de Montserrat y del "ferret" o sapo partero de Mallorca, un anfibio endémico de la isla que hasta los años ochenta se creía extinguido.

A modo de conclusión de las virtudes de Gerald Durrell, el director del zoo, Quentin Bloxam, recuerda una de las habilidades del naturalista: "Su capacidad para relacionar, por medio del humor, a las personas con los animales salvajes". ●